

HISTORIAS DE ABUELAS

“RUBÉN ERA UN CHICO SOLIDARIO Y VIVÍA DANDO TODO EL TIEMPO”

ROSA CARDILLO PERDIÓ A SU HIJO RUBÉN ALBERTO STOCKDALE Y A SU NUERA INÉS ADRIANA COBO, EMBARAZADA DE DOS MESES Y MEDIO, CUANDO FUERON SECUESTRADOS DURANTE LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR. DESDE ENTONCES, LA ABUELA LOS BUSCÓ INCANSABLEMENTE.

Por Luciana Guglielmo

“Por todas partes te busco, sin encontrarte jamás, y en todas partes te encuentro, solo por irte a buscar.”

Antonio Machado

Rosa Cardillo es una de las Abuelas de Plaza de Mayo que sigue en la búsqueda. Su hijo Rubén Alberto Stockdale y su nuera Inés Adriana Cobo, embarazada de dos meses y medio, fueron secuestrados durante la última dictadura militar. Su nieto debió haber nacido entre marzo y abril de 1977. Rosa es una de esas Abuelas a la que la vida la hizo fuerte y paciente. Tiene una voz dulce y un hablar pausado. Todos los recuerdos parecen agolparse en su memoria cuando se le pregunta lo vivido en aquellos años difíciles de su vida.

La infancia de la abuela Rosa

Esta Abuela recuerda haber tenido una infancia feliz. Ella era la cuarta de seis hermanos. Hija de un padre artista, perteneciente a la guardia vieja, amigo de Cadícamo y pianista. Lo recuerda como un hombre muy especial. De esos abuelos que reunía a sus nietos y les contaba anécdotas de su juventud. Su mamá, en cambio, era de tener un perfil bajo, con otro tipo de carácter, se llamaba Rosa, igual que ella, y era docente. Era dulce y cariñosa. Rosa afirma que sus padres siempre mantuvieron unida a la gran familia que supieron formar. La Abuela también recuerda los veranos en Mar de Ajó, donde tenían una casa de veraneo. Se imagina corriendo por la playa, nadando, jugando con sus hermanos e internándose en el mar. Les encantaba el agua y nadar durante horas.

Rosa era una niña solitaria, solía jugar con muñecas, pero también cuenta que su papá traía el diario *Crítica* y ella, con tan sólo cinco años, lo leía de punta a punta. Tampoco se olvidó

“RUBÉN VIVE EN MI CORAZÓN, LO EXTRAÑO MUCHO”

del odio que le causaba ir al colegio primario, si bien era una buena alumna dice que era un edificio triste, parecido a una cárcel. En sus ratos libres, se dedicaba a la poesía y a la pintura, sin dudas, heredó la veta artística de su padre.

Ya más crecida, y en un baile que organizó su papá con motivo del día de su santo, conoció a Emir Stockdale, quien se convertiría en su esposo al poquito tiempo. La historia de amor fue muy peculiar. En realidad, el señor Cardillo invitó a Emir para presentárselo a una prima solterona, pero el muchacho terminó enamorándose de la joven y a los seis meses se casaron. Rosa tenía 17 y él 26. Al poco tiempo tuvieron dos hijos: Rubén y



Rosa, en su casa, despliega sus fotos familiares y recuerdos.

Ricardo. Pero la relación no funcionó y cuando Rosa cumplió 33, se separaron. “Ellos siempre fueron muy compañeros y como yo ya estaba sola, se desvivían por mí”, cuenta la Abuela sobre sus hijos. Supieron forjar una relación muy linda entre los tres.

Rubén

Rosa no tiene más que palabras de admiración para con su hijo. “La bondad que tenía, esos ojos hermosos que transmitían tanto amor, era un chico solidario y vivía dando todo el tiempo. Nunca estaba serio, siempre tenía la sonrisa en la cara” comenta la Abuela.

No fue fácil el nacimiento de Rubén, por complicaciones de salud, pero su

llegada sin duda cambió la vida de Rosa. Fue un ser muy especial. La primaria y la secundaria la realizó en el colegio San Cirano, en el barrio porteño de Caballito. Era muy buen alumno. Nunca le dio ningún trabajo con las tareas, tampoco Ricardo. En cuanto a sus hobbies, eran bien distintos los hermanos. Rubén se la pasaba haciendo deporte: rugby, fútbol, natación, en cambio Ricardo prefería quedarse leyendo un libro.

Desde chiquito, Rubén supo que quería ser médico. Cuando su abuelo lo mandaba a hacer pozos en la arena, él le respondía que no los haría porque se iba a estropear las manos y como iba a ser cirujano, tenía que tener las manos sanas. Ya de adoles-

cente, hubo una época que iba a los inquilinatos a vacunar a los chicos pobres, y a atender a las madres embarazadas. Sin duda, Rubén era de una nobleza muy especial. Finalmente, y como lo había sentenciado desde sus tres años, estudió medicina en la Universidad de Buenos Aires donde se recibió.

Si bien Rubén tuvo muchas novias, conoció a Inés y se enamoró perdidamente. “Era una chica muy linda, siempre sonriendo. Eran como niños, caminaban por la calle como peleándose y jugando. Yo les decía que me daba vergüenza ir caminando con ellos. Él la llamaba Dulcinea y ella le decía Gorduchi” recuerda riéndose Rosa. No se casaron, pero convivían cuan-

do la época más negra de la historia argentina llegó para quedarse por más de siete años.

La militancia

Lo que caracteriza a Rosa y la diferencia de muchas de las Abuelas de Plaza de Mayo, es que fue militante a la par de sus hijos. El que comenzó primero y era un gran orador fue Ricardo; “yo siempre pensé que al que le podía pasar algo era a él no a Rubén por el tipo de compromiso que tenía. Estaba mucho más metido en política” cuenta Rosa. Rubén militó muy poco y entró en el circuito gracias a su hermano. “Inés en cambio, era más combativa, iba al frente. Por eso cuando me enteré que estaba embarazada,

“ERA UNA CHICA MUY LINDA, SIEMPRE SONRIENDO. ERAN COMO NIÑOS, CAMINABAN POR LA CALLE COMO PELEÁNDOSE Y JUGANDO”

le dije que se alejara de todo lo que pueda hacerle mal al bebé”, dice Rosa. La pareja militaba en la JP. Rosa comenzó con su actividad en los barrios de Monserrat y San Telmo. Iba por los hoteles, inquilinatos, a visitar a la gente pobre, a preguntar que necesita y para ver qué tipo de ayuda les podía ofrecer. Ricardo fue su maestro, él le enseñó que tenía que ser solidaria con la gente más necesitada. Rosa participó de todas las manifestaciones durante esa época, no se perdió ninguna, y los balazos y los gases lacrimógenos fueron moneda corriente en esa etapa de su vida.

Los secuestros

Inés desapareció el 1° de septiembre de 1976 en la vía pública, en Capital Federal. Estaba embarazada de dos meses y medio. “La esperaban en el Hospital de Niños y nunca llegó. Salió de su trabajo y nunca más la vieron”, cuenta Rosa sobre el secuestro de su nuera. De ella pudo saberse que permaneció en el Centro Clandestino de Detención “Club Atlético” y en la ESMA. Inés se comunicó varias veces con su familia, pero luego no se supo más nada de ella. Rubén, en cambio, fue secuestrado un año después. Pudo haberse exiliado junto a su hermano Ricardo, pero como su mujer estaba embarazada, no quería dejarla sola y se quedó en el país. Desapareció el 3 de septiembre de 1977 y hasta el día de hoy tampoco se sabe nada de él. Si bien Rosa tiene la certeza de que lo mataron por comentarios de sobrevivientes, la Abuela fantasea con que sigue vivo en alguna parte, “Rubén vive en mi corazón, lo extraño mucho”, asegura melancólica. Rosa corrió mejor suerte que su familia ya que a ella, tres días después del secuestro de su hijo, se la llevaron para sacarle información. A las 48 horas la regresaron a su domicilio, pero no le perdieron pisada. Y así fue; desde ese momento hubo un Falcon verde estacionado en la puerta de su casa día y noche. Tres años más tarde pudo exiliarse y se fue a España con Ricardo.

Hoy Rosa vive en el barrio de Almagro, y si bien tiene 3 nietos por parte de su hijo menor, espera encontrar a aquel niño o niña nacido en cautiverio. No sabe que le diría, porque las palabras no alcanzan, pero seguramente lo abrazaría fuerte y le daría el amor que guardó durante todos estos años.